

## CAPÍTULO 1: EL PROBLEMA CON LA ORACIÓN

Mi esposa y yo, tuvimos el privilegio de viajar con el anciano HMS Richards Senior, en el último grupo de viaje que nos llevó a Tierra Santa. Uno de los lugares que visitamos, fue la tumba donde muchos estudiosos creen que fue enterrado Cristo.

Nos turnamos para entrar en la pequeña habitación de piedra, y todavía recuerdo que HMS Richards llegó a la puerta, y nos dijo a los que estábamos afuera: "¡No está allí! ¡Está vacío!".

Buda está muerto. Mahoma está muerto. Aún se pueden visitar sus restos. Pero cuando vas a la tumba de Cristo, está vacía. La religión cristiana puede distinguirse de todas las demás religiones del mundo, por el hecho de que afirma adorar a un Dios vivo. No basamos nuestra fe en algún credo, o en una colección de sabiduría escrita hace mucho tiempo. No nos unimos a los adoradores paganos, que se inclinan ante ídolos de madera y piedra. ¡Nuestro Dios está vivo! Como proclama el título del libro de Francis Schaeffer, Él está ahí, y no guarda silencio.

Una vez, cuando era niño, mi barrilete quedó atrapado en un árbol. En mi hora de necesidad, oré para que Dios sacara mi barrilete del árbol. Luego, observé desde abajo, agarrándome de la cuerda, mientras el barrilete se movía suavemente de un lado a otro, entre las ramas del árbol. De repente, se liberó, ilesa. ¡Sabía que Dios aceptó mi oración ese día!

Quizás, alguna vez, tuviste una experiencia similar, pero la olvidaste. Sin embargo, incluso el hecho de que algunas respuestas a las oraciones hayan sido olvidadas, es en sí mismo significativo. Debido a que muchas de nuestras oraciones parecen quedar sin respuesta, eso es lo que mejor recordamos.

Por supuesto, como cristianos, se supone que no debemos creer en oraciones sin respuesta, por lo que encontramos todo tipo de razones para explicar nuestra decepción. Decimos: "A veces Dios dice Sí, a veces dice No, y a veces dice que esperemos un rato". O decimos: "Es posible que la respuesta no llegue de la manera que esperamos". A veces decimos: "Dios responderá Sí, a la oración, sólo cuando sea de acuerdo con Su voluntad".

Pero al final, muchos cristianos sospechan un poco del proceso de oración. Han sido defraudados demasiadas veces. Así que continúan con la rutina de la "oración", pero sus peticiones son tan generales, que nunca pueden estar seguros de si sus oraciones fueron respondidas.

¿Alguna vez has escuchado una oración como la siguiente?

Querido Padre celestial, te pedimos tu presencia aquí con nosotros esta mañana. Danos corazones comprensivos, para que podamos aprender lo que Tú quieras que sepamos. Que estés con los enfermos y afligidos, y con los que no están aquí con nosotros esta mañana. Bendice a los misioneros y colportores en los campos extranjeros. Guía en los asuntos de gobierno. Y por fin, cuando vengas, concédenos, sin pérdida de uno solo, obtener una entrada abundante en tu reino. Porque todo lo pedimos en el nombre de Jesús, Amén.

Ahora dime. Si Dios respondiera esa oración diciendo Sí, ¿qué obtendrías? ¿Cómo sabrías que Él habría respondido?

Pero esto nos lleva a un problema. La oración no siempre funciona como esperamos. A pesar de que afirmamos creer en un Dios que está vivo, un Dios que está ahí, un Dios que es

amor, a menudo encontramos que Él no responde a nuestras oraciones, de ninguna manera que podamos medir.

A veces pido a grupos de cristianos, que indiquen cuántos de ellos pueden recordar una respuesta específica y definitiva a la oración. ¡Es sorprendente cuántos son incapaces de pensar en un solo ejemplo!

Sin embargo, a menudo tenemos miedo de orar de manera más específica, especialmente en público, porque recordamos los momentos en los que parecía que nuestras oraciones no fueron respondidas, y recordamos lo que eso nos hizo por dentro, lo que le hizo a nuestra fe en un Dios de amor. Para evitar que eso vuelva a suceder, hacemos de la oración una rutina, un ritual, un último recurso.

Quizás hayas oído hablar de dos personas, que estaban hablando de la crisis de un amigo. El primero describió todas las cosas que se habían intentado, pero no habían ayudado, y finalmente, dijo: "Parece que no queda nada por hacer más que orar".

A lo que el segundo respondió: "¡Ay! ¿Se ha llegado a eso?"

Sonreímos ante esas historias. Pero las vivimos. Creemos en la oración. Sí, adelante. No hace daño orar por ello. Pero cuando se trata del resultado final, tenemos mucha más fe en nuestro propio trabajo, que en la obra de Dios para nosotros.

Le damos a nuestros hijos, una dieta estricta de Daniel en el foso de los leones, los dignos hebreos en el horno de fuego, y Moisés cruzando el Mar Rojo, con los egipcios pisándole los talones. Los acostamos con historias de Elías en el monte Carmelo, y de Abraham en el monte Moria, con el cuchillo en la mano levantada. Pero la primera vez, que su fe infantil pone a prueba a Dios, nos entra el miedo.

Mi esposa y yo vivíamos en Glendale, California, cuando nuestros hijos eran pequeños. Hubo incendios forestales cerca y la policía evacuó nuestra área. Obviamente, estábamos preocupados mientras esperábamos el resultado desde una distancia segura, pero los niños dijeron: "No te preocupes papá. Nuestra casa no se quemará. Oramos y le pedimos a Dios que la proteja".

¿Alguna vez te ha pasado algo así? ¿Alguna vez has tenido problemas con el auto, y tus hijos en el asiento trasero dijeron: "¿Por qué no le pedimos a Jesús que encienda el auto"?

¿Alguna vez has perdido algo importante y, después de buscar por todas partes, tus hijos te sugirieron: "Oremos y pidámosle a Jesús que nos lo encuentre"? Te pone en una situación difícil, ¿no?

Como padre cristiano, no puedes ver claramente la manera de decir: "No te molestes en orar. ¡Eso seguramente no servirá de nada!".

Sin embargo, tampoco puedes encontrar una explicación que satisfaga a tus hijos (y a ti mismo), si la casa se quema, o el auto no arranca, o no encuentras el objeto que falta.

Entonces les dices a los niños: "Tal vez no fue la voluntad de Dios evitar que la casa se quemara, o arrancar el auto". Si eso es cierto, entonces tal vez sería mejor simplemente orar:

"Por favor, quédate con nosotros, y ayúdanos". ¡De esa manera, no se notará tanto si no hay respuesta!

Sin embargo, mientras todo esto sucede, te encuentras rogándole a Dios: "Vamos, por favor, responde esta pregunta para los niños. Son demasiado pequeños para...".

¿Para qué? ¿Para descubrir que Dios no es realmente lo que les has dicho que es? ¿Descubrir que la oración realmente no funciona después de todo? ¡Tenemos tanto miedo de que nuestros hijos hagan preguntas para las que no tenemos respuesta!

Hay otro factor que nos inquieta, cuando se trata de la oración: el pecado. Se nos ha dicho que Dios no escucha a los pecadores. Hemos aprendido que son nuestras iniquidades las que nos separan a nosotros y a Dios, para que Él no nos escuche. Cada vez que consideramos invocarlo en oración, el diablo está presente con una lista actualizada, de razones por las cuales estaríamos desperdiciando el aliento.

El silencio de Dios es uno de nuestros mayores problemas con la oración. Cuando distinguimos entre oración efectiva y oración ineficaz, nos referimos a la oración que produce una respuesta, versus la oración que no produce respuesta. Sabemos que Dios, siendo omnisciente y omnipresente, escucha cada palabra que pronunciamos en oración, o de otra manera. Entonces, cuando hablamos de que Él "escucha" nuestras oraciones, esperamos una respuesta de Su parte. No sólo debe oír, sino que debe actuar en función de lo que oye.

Es cierto que la oración es principalmente para comunicarse, no sólo para obtener respuestas. Pero la comunicación, insiste en una vía de doble sentido. ¿Alguna vez has estado hablando con alguien, compartiendo algo que era importante para ti, y no has obtenido respuesta?

¿Qué es lo primero que preguntaste? Dijiste: "¿Estás escuchando?". La comunicación eficaz requiere una respuesta.

Por eso, es natural cuando nos comunicamos con Dios, esperar una respuesta. Pero recuerda esto: "Respuesta", puede significar más que simplemente obtener que se concedan tus solicitudes. La respuesta de Dios puede venir de otras formas.

La búsqueda del cristiano, en el estudio de la oración, es definir, y luego experimentar la oración eficaz. Queremos aprender qué marca la diferencia, y cómo evitar la oración que es ineficaz. Queremos estar en contacto con un Dios, que ha prometido no sólo escuchar, sino responder.

Cuando nos preguntamos, por qué la oración no siempre produce la respuesta que buscamos o esperamos, no estamos solos. Consideraremos el lamento de Job:

"Respondió Job, y dijo: Aun hoy es amarga mi queja, Pues su mano agrava mis gemidos. ¡Quién me diera saber dónde hallarlo! Yo iría hasta su trono, Expondría ante Él mi causa, Llenaría mi boca de argumentos, Sabría con qué palabras me replica, Y entendería qué me está diciendo. ¿Contendería conmigo haciendo gala de su fuerza? No, sino que me prestaría atención. Allí el justo podría razonar con Él, Y yo quedaría libre para siempre de mi Juez. Pero, si voy hacia el levante, no está allí, Al poniente, y tampoco lo percibo. Si se manifiesta al norte, no lo diviso, Y si se oculta en el sur, no lo veo". (Job 23:1-9)

David oró: "No calles, oh, Dios; no calles, ni te quedes quieto, oh, Dios". (Salmo 83:1). Incluso

para Cristo, cuando estaba en la cruz y experimentando el silencio de Dios, surgió la pregunta: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". (Marcos 15:24).

Entonces, cuando parezca que Dios no responde a tus oraciones, estás en buena compañía. Sin embargo, ¿es posible que Él anhele responder mucho más de lo que le permitimos? ¿Hay más cosas disponibles, en nuestra comunicación bidireccional con Dios, de lo que la mayoría de nosotros hemos experimentado? ¿Cómo debemos afrontar los momentos en que Dios guarda silencio? ¿Qué nos está diciendo cuando nos "habla" a través de ese mismo silencio? Éstas son preguntas, para las que estamos buscando soluciones. El objetivo de este estudio es aprender más sobre la comunicación con Dios, a través de la oración, para que podamos aprender a conocerlo mejor, y confiar más en Él.